

# IX Pregón del Medinaceli

Juan Domingo Macías Simavilla

Hermandad de Nuestro Padre Jesús Cautivo y  
Rescatado, y María Santísima de la Trinidad

Parroquia de Santiago Apóstol

Día 4 de marzo de 2017

20.15 horas.

Primer viernes de marzo  
tradición y devociones  
calle Jardines orando  
besamanos y besapiés

Parroquia de Santiago Apóstol  
templo de caridad generosa  
iglesia del Cristo milagroso  
y de la Virgen fervorosa

¡Cautivo bendito!  
¡Dolorosa Trinidad!  
¡Titulares amados;  
catequesis popular.

Y el Miércoles Santo  
estación de penitencia  
nazarenos de blanco  
con el Señor de La Línea

Sr. Párroco de Santiago Apóstol y Director Espiritual de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Cautivo y Rescatado, y María Santísima de la Trinidad, Sr. Presidente del Consejo Local de HH. y CC. Sr. Teniente de Alcalde de Mantenimiento Urbano, hermanos mayores, señores miembros de la junta de gobierno, queridos hermanos en Cristo y María.

Buenas noches.

A mi padre y a mi madre por su dedicación el Medinaceli.

Cuando Noberto Hurtado me entregó la carta proponiéndome que dijera este pregón, y le di las gracias por la distinción recibida me respondió que era un honor que el hijo del fundador y primer Hermano Mayor de la Cofradía del Medinaceli fuera el pregonero de la IX edición. Sin decírmelo expresamente, entendí que debía referirme a los orígenes de la Hermandad, a su Historia, y es lo voy a hacer. Antes, aprovechó la ocasión que se me ofrece para resaltar hasta donde llegan las raíces linenses de esta querida hermandad. La madre del fundador era sobrinanieta de Lutgardo López Muñoz, que lograra la segregación de San Roque en 1870 y fuera primer alcalde de La Línea de la Concepción.

En diciembre de 1946, mis padres fueron a visitar el Santuario del Medinaceli en Madrid, quedando impresionados por la devoción que tenía el Cristo, y regresaron a La Línea con el firme propósito de fundar la Hermandad del Cautivo en nuestra ciudad. Pero los medios de entonces no eran los de ahora, que con las nuevas tecnologías se llega a todo tipo de información en el momento. Después de meses de mucha dedicación, la Hermandad quedó constituida oficialmente en 1949, pero el primer cortejo procesional no pudo hacer estación de penitencia hasta 1952. Hubieron de transcurrir años de intenso trabajo, sin apenas medios, además de atender a numerosas familias necesitadas, con carencias de todo tipo, que se contaban por cientos habitando barracas en solares arenosos. Desde un principio la caridad fue un objetivo prioritaria de la Hermandad, que siempre se ha ocupado de socorrer a los pobres. La nueva cofradía no disponía siquiera de una capilla que acogiera la imagen titular, y tras numerosas gestiones lograron la cesión de una pequeña habitación en el Grupo Escolar Santiago, que entonces era muy distinto al actual centro docente. El antiguo era más pequeño y con menos medios.

Los primeros contactos de la nueva junta de gobierno de la Hermandad del Medinaceli tuvieron lugar en mi casa, una vivienda humilde situada en el número 64 de la calle Granada de nuestra ciudad, que sigue en pie pero está deshabitada. Por las noches, cuando habían concluido la jornada laboral, se reunían en el comedor del inmueble: Manuel García Gutiérrez, que tenía una imprenta; el Brigada Balmaña, Pepe Pérez Vaca, maestro de escuela; Francisco Ruiz Sánchez, conocido como ‘El Churrero’, porque tenía una churrería en la Plaza, haciendo esquina entre las calles Isabel la Católica y Las Flores; Pepe Ariza, propietario de un horno de pan en la calle Aurora; Juan Luís Orozco, que trabajaba en un banco como repartidor de correspondencia; Dionisio Sánchez, también militar; y Juan Macías López, que sería el Hermano Mayor, entre otras personas que no acierto a recordar. La incipiente junta de gobierno también mantenía reuniones en la modesta droguería que tenía mi padre en la calle Isabel la Católica, esquina a Rodríguez Cantizano.

Recuerdo el día que la imagen del Cristo de Medinaceli llegó a mi casa, en la referida la calle Granada, en una furgoneta de chapa ondulada, de color gris. La estaban esperando el Padre Justo y los integrantes de la junta de gobierno, entre otras personas que habían acudido a la recepción. La talla venía dentro de una caja de madera enorme, del tamaño de una nevera. Yo no me despegaba de allí, deseoso de ver al Cautivo. Pero cuando se disponían a abrir el cajón, el sacerdote dijo que no era conveniente que un niño viera desnuda la imagen de Cristo. Aconsejó que abandonara la habitación y cerraron la puerta impidiéndome que permaneciera dentro. No olvido la decepción del momento, porque lo esperaba ilusionado. El conductor del furgón se ocupó de preparar y vestir la talla para que quedara expuesta. Cuando me permitieron acceder a la habitación, la imagen del Medinaceli se encontraba en un rincón, vestida con una túnica blanca que había confeccionado mi madre, y llevaba colgado un escapulario con la

cruz trinitaria. El Cautivo permaneció en el comedor de mi casa varios meses, no recuerdo cuantos, durante los que recibió numerosas visitas. Para mi fue algo inolvidable. Imagínense ustedes tener al Medinaceli en su casa. Aunque la habitación solía estar cerrada, yo visitaba al Cristo a diario, incluso varias veces al día, unas para rezar y otras para jugar cerca de la imagen. Al principio, cuando me encontraba solo, me agachaba para ver que había debajo de la túnica blanca: sobre los pies descalzos me encontraba con unas piernas policromadas hasta la pantorrilla, que reflejaban el sufrimiento del Cautivo. Cosas de niños, que en cierta manera contribuyeron a incrementar la devoción por el Cristo.

Concluido el acondicionamiento de la capilla del Grupo Escolar Santiago, el Medinaceli fue trasladado al colegio, pero como volvieron a aparecer humedades, a los pocos días la imagen del Cautivo estaba de nuevo en mi casa, donde permaneció otra temporada, mientras reparaban los desperfectos. No recuerdo cuanto duró la obra. Luego, solía acudir los domingos a la capilla para oír misa de la mano de mis padres ante la imagen del Cautivo.

También me vienen a la memoria las reuniones que se celebraban en mi casa con los cargadores del mercado de mayoristas a fin de contratarlos para que portaran al paso durante la estación de penitencia del Miércoles Santo. Se elevaba a una importante cantidad de dinero, acaso la partida más cuantiosa del exiguo presupuesto, que en buena parte salía del bolsillo de los miembros de la Junta de Gobierno. Recuerdo el regateo acalorado para bajar el precio, que el capataz no aceptaba. Aquellos hombres no eran costaleros devotos y altruistas como los de ahora. Entonces los tronos, como los llamaba mi padre, no iban a costal, sino a hombros de cargadores con almohadillas en los varales, a los que había que abonarle la cantidad acordada. Se trataba de obreros con necesidades familiares que cargaban el paso a cambio de un jornal.

Eran tiempos de carencias. Casi todos los enseres de la hermandad se confeccionaban de forma manual, porque no había dinero para adquirirlos en los establecimientos especializados de Málaga o Sevilla. Recuerdo a Cruces, un maestro hojalatero que tenía el taller en la calle Isabel la Católica, junto a la Droguería Linense, cortando latón para hacer los hachones y dos trompetas grandes que los nazarenos llevaban sobre el hombro. Mi padre también ayudaba a cortar hojalata para hacer los hachones, que luego soldaba con estaño y pintaba con purpurina plateada. A continuación los ajustaba a los palos respectivos, que previamente habían sido pintados con pintura roja, y también se elaboraba en la Droguería. Los nazarenos portaban en el cortejo los cirios encendidos embutidos en los hachones hechos a mano.

Los cíngulos de esparto que completaba el atuendo cofrade los hacía un talabardero llamado Vargas que tenía una carbonería en la calle Méndez Núñez, y años después se trasladó a Jimena de donde procedía. Eran mucho más anchos y más llamativos que los actuales.

No puedo dejar de hacer referencia al quehacer arduo de mi madre, Alicia Simavilla Blanco, que confeccionó las túnicas, los antifaces y las capas de raso blanco de la junta de gobierno, las caídas como llamaba mi padre a las banderolas que colgaban de las mazas y de las trompetas, los faldones del paso y el estandarte, además de bordar los escuchos de la hermandad y el aludido simpecado, entre otros muchos trabajos de costura y bordado. Las cruces trinitarias las hacía con cintas rojas y azules.

Mi abuela Carmen y ni tía Laura también colaboraron, confeccionando los primeros antifaces y túnicas de raso blanco, en número de setenta, al igual que la lució el Cautivo durante los primeros años que hizo estación de penitencia. Era de terciopelo morado y ellas la donaron a la Hermandad.

Debido a una promesa, el cabello que llevaba el Cristo de Medinaceli durante los primeros desfiles procesionales lo donó Isabelita Pedrosa, una

niña de doce años que nunca se había cortado el pelo. Era hija de Juan Pedrosa, que tocaba el tambor detrás del paso junto a otro devoto. Durante los primeros cortejos no acompañaban bandas de música porque no había dinero para contratarlas, y cuando se pudieron traer, los referidos devotos siguieron redoblando el tambor tras el Cristo, delante de la penitencia, para que lo pudieran escuchar los cargadores y llevaran bien el paso.

El primer trono que tuvo la hermandad era de madera y fue realizado en un taller de carpintería de La Línea por el ebanista Sebastián Guzmán Méndez, natural de Ronda. Un tallista amigo suyo, que seguía afincado en la Ciudad del Tajo esculpió los respiraderos y los varales de paso rematados con una cabeza de león. Lo pintó Joselito Patajuel, que tenía cierta dificultad para andar, de ahí el apodo. Recuerdo que estando encima de la estructura haciendo su trabajo le sugirieron que se pusiera de pie para comprobar la estabilidad del trono, desde donde correspondió con un saludo quitándose la boina con la que habitualmente se cubría, y originando la hilaridad de los presentes.

También es de resaltar la centuria romana que encabezaba los primeros cortejos procesionales, precedida por tres centuriones montados a caballo. Tuvo gran poder de convocatoria. Incluso venía a apuntarse gente de fuera. Los trajes de romano, con cascos y lanzas incluidos, que lucían los integrantes de la centuria, eran alquilados a un empresario de Jerez, llamado Brotóns, amigo de mi padre. Los romanos también debían abonar la papelita de sitio, al igual que los nazarenos.

Los criterios cofrades que siguió la hermandad durante los primeros años tuvieron como referencia la Semana Santa de Málaga, más que la de Sevilla. Allí fueron adquiridos algunos enseres de segunda mano, como una artística cruz de guía metálica, plateada y calada, que pesaba mucho. La solía portar Juan Luís Orozco, miembro de la junta de gobierno, y creo recordar que la escoltaban las mazas exornadas con las caídas respectivas,

encabezando el desfile procesional. Las trompetas acompañaban al estandarte, con sus correspondientes caídas.

Las circunstancias de entonces aconsejaban invitar a las autoridades militares a los actos cofrades. Creo recordar que la hermandad invitó primero al General Robles Pazos, que luego fue Ministro de la Guerra y después al general Barroso, entonces Gobernador Militar del Campo de Gibraltar que estuvo en la bendición de la imagen del Cautivo, acto que tuvo lugar en el patio del referido Grupo Escolar Santiago. Hay fotografías que lo corroboran. La hija del general fue nombrada madrina del Cristo. Hecho a resaltar durante el concurrido acto fue la entrega de bolsas de caridad a un número importante de familias necesitadas que habitaban en las barriadas de El Castillo y El Conchal. Parte de lo que se repartía procedía de los artículos no perecederos que eran requisados en la Aduana.

La impresionante talla del Cristo de Medinaceli representa el momento en que el Señor es Cautivo, abandonado, maniatado, abrumado por la pena y la ingratitud de los Discípulos. Es atribuida al imaginero sevillano Pineda Calderón. Pero yo al que recuerdo que venía por mi casa era a José María Geronés, un seglar salesiano Maestro del Taller de Imaginería de Arte Sacro en los Salesianos de Alcalá de Guadaira. Se trataba de un hombre bajito y calvo, que era el que conducía la furgoneta gris que transportaba la caja de madera donde venía la imagen del Cristo, al que me referí anteriormente. Mi familia no perdió el contacto con el salesiano y, años después, estando mi madre confeccionando el manto de María Santísima de la Amargura, el de las aplicaciones con forma de flor de lis, la comprometió para que hiciera otro manto de color azul para una dolorosa de Sevilla. El terciopelo lo trajeron de Gibraltar, porque era más barato y de mayor calidad, según decían. Las relaciones cofrades con el escultor salesiano se prolongaron durante algún tiempo.



Mas tarde, la junta de gobierno del Medinaceli se puso en contacto con Pepe Chacón para pedirle que guardara los escasos enseres de la Hermandad en los locales que tenía en la calle Jardines. Después fue Hermano Mayor de la Cofradía y desarrolló una meritoria labor.

Mi padre era un hombre con inquietudes, y como ocurre en muchas facetas de la vida, las diferencias surgidas en el seno de la Hermandad conllevaron que decidiera abandonarla. Al parecer quería incorporar una dolorosa, pero como no se lo permitieron decidió dejar la Cofradía para fundar otra: la Amargura. Incluso había llegado a un entendimiento con un mecenas para sufragara el costo de la imagen. Estoy hablando de memoria, pero esto fue más o menos los que ocurrió hace más de sesenta años.

Cristo de Medinaceli querido  
qué pena hay en tu mirada  
al verte tan dolorido  
siento desesperanza

Miércoles Santo en La Línea  
imágenes que tanto quiero  
Medinaceli y Trinidad en la calle  
procesión de abolengo

Señor: Tengo un nudo en la garganta  
viéndote tan sufrido  
humillado, apresado  
azotado y sometido

Tu sufrimiento sereno

tu mirada resignada  
Padre Jesús Cautivo  
penitencia callada

Virgen de la Trinidad  
dolorosa querida  
solemnidad fervorosa  
aflicción serenísima.

¡Padre mío!: ¡Perdona nuestros pecados!  
¡escucha nuestra oración!  
¡ayúdanos a crecer en el fervor!  
¡permítenos vivir tu Pasión!

¿Cuanto debiste padecer?  
cuanto cambió tu suerte  
¿cuantos traidores se enriquecen?  
a costa de la buena gente

¡Para ti no hubo clemencia!  
¡Fuiste crucificado!  
¡Ayúdame a redimirme!  
¡Apiádate, Rescatado!

¿Cuanto sufriste por el mundo?  
¿Cuantos momentos dolorosos?  
¿Cuantos padecimientos?  
¿Cuanta pena, Jesucristo?  
¿Cuantos traidores como Judas?

¿Cuantos devotos infieles?  
¿Cuantos desertores de Cristo?  
¿Cuantos pecadores indolentes?

Y mientras te azotaban con saña  
soportando el peso de la cruz  
te caíste hasta tres veces  
camino del Calvario

¡Cristo de Medinaceli bendito!  
¡Virgen de la Trinidad fervorosa!  
Ayudad a redimirnos  
a ser mejores personas

Una de las tareas más importantes que vienen desarrollando las hermandades en general y la del Medinaceli en particular es la formación de los jóvenes cofrades, a través de cursos y concentraciones que organiza el Obispado de Cádiz-Ceuta y el Consejo Local de Hermandades y Cofradías. Los Grupos Jóvenes cada vez tienen un protagonismo más destacado en el seno de las hermandades, y debemos seguir potenciándolos porque constituyen el futuro.

Es muy importante que los católicos contemos con una formación religiosa desde pequeños. No es lógico que después de hacer la Primera Comunión bastantes niños dejen de ir a misa los domingos, y que muchos de ellos ni siquiera llegan a recibir la Confirmación. Con frecuencia se nos suele olvidar el primer mandamiento: amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. Parece fácil de entender pero es difícil de llevar a cabo. Sencillamente hay que ser buenos, pero lamentablemente cuesta trabajo portarse bien. Las pequeñas cosas de la vida no ayudan a ser

condescendiente y con frecuencia criticamos a los demás sin motivo. El objetivo de que seamos un poco mejor cada día, como suele decir el director espiritual de mi Hermandad, es algo que debemos proponernos para que alcancemos la Salvación eterna. Pero hay que empezar desde niños, de ahí la importancia que tiene la formación de los jóvenes.

Leamos el Evangelio,  
el testimonio de Cristo  
procuremos ser mejores  
con ayuda del Maestro.

¡Escucha Jesús Cautivo...  
la voz de quien te habla  
con serenidad de hermano  
con luz y sombras en el alma!

Silencio en el cortejo  
sentimiento sobrecogido  
paso a paso el camino  
con el corazón afligido

Contemplo con fervor  
tu imagen venerada  
amado Cristo Cautivo  
Pasión, dolor y angustia  
reflejan tu mirada

Tristeza amarga y profunda

sentir de nazarenos  
procesión de Miércoles Santo  
Semana Santa en mi pueblo  
que cada año enaltece  
el cortejo de Santiago.

La Venerable Hermandad de Penitencia y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús Cautivo y Rescatado y María Santísima de la Trinidad, popularmente conocida como el Medinaceli viene desarrollando una intensa actividad cofrade desde su fundación. Entre la amplia programación de cultos y actividades, cabe destacar los piadosos Besapies y Besamanos que tradicionalmente se celebra el primer viernes de marzo, un triduo solemne y el vía crucis. Cada año, la afluencia de personas a los cultos es numerosísima, estimándose en varios miles de devotos, no sólo procedentes de las distintas barriadas de La Línea, sino llegados de otros municipios de la comarca, incluido de Gibraltar, aunque hay que reconocer que ha ido decreciendo con el transcurrir de los años. Recordemos que se vio considerablemente reducida a raíz del cierre de la Frontera en 1969, al igual que ocurrió con otros muchos aspectos de la ciudad.

Tradicionalmente, la Hermandad del Medinaceli hace estación de Penitencia en la noche del Miércoles Santo. Desde la mañana son numerosos los parroquianos que acuden a este templo a visitar las veneradas imágenes del Cristo Cautivo y Rescatado y María Santísima de la Trinidad, exornadas sobre sus pasos respectivos. Luego, a primeras horas de la tarde empiezan a concentrarse los devotos en torno a la Parroquia, a la espera que comience la procesión. Tanto la salida como la recogida son momentos difíciles de narrar por la devoción tan profunda que inunda el corazón de los feligreses. Cientos de nazarenos revestidos de blanco forman un cortejo solemne, en el que se integran los diferentes enseres que

configuran el patrimonio de la Hermandad. Es de destacar la numerosa penitencia que acompaña al Medinaceli por las calles de La Línea de la Concepción. Pero no es menos cierto que también ha decrecido respecto a hace lustros, aunque sigue siendo sentida y multitudinaria. Muchos de los penitentes que van detrás del Cautivo lo hacen cumpliendo promesas. Las calles de ciudad congregan a numeroso público para presenciar el solemne desfile procesional con el mayor recogimiento. Las imágenes impresionan.

Tarde de Miércoles Santo  
cortejo del Medinaceli  
calle Jardines repleta  
devotos penitentes.

Tras la cruz de guía  
hileras de nazarenos  
túnicas y capas blancas  
antifaces hacia el cielo

con cruces trinitarias  
cirios encendidos  
flanqueandos a los jefes  
con varas y palermos.

De luto por Cristo  
peinetas y mantillas  
ramillete de señoras  
con penas y desdichas

Y sobre pasos mecidos

imágenes veneradas  
entre nubes de incienso  
de flores exornadas

Pesar que corta el aliento  
aflicciones de corazón  
el Cautivo andando  
por calles en procesión

Dolor profundo de entrañas  
Cristo Rescatado  
Hijo de Dios azotado  
Padre Santo flagelado

El cortejo se enaltece  
devotos en penitencia  
Nazarenos de blanco  
La Línea siente pena.

Bullicio en las calles  
Medinaceli en Carrera Oficial  
las bandas tocan marchas  
costaleros y chicanas

Cristo de pies descalzos  
dolor que desnuda el alma  
llega el Señor de La Línea  
devoción en noche clara  
Luz de tulipa tenue

paz y amor sentido  
silencio en el cortejo  
contrición tras el Cautivo

Suenan trompetas y clarines  
marchas procesionales  
redoblan los tambores  
devociones cofrades

Vaivenes de sentimientos  
bailes de sufrimientos  
costaleros bajo el paso  
caminando el Nazareno

¡Y a ti Virgen de la Trinidad...!  
¿Cómo te voy a olvidar?  
Si eres la Madre de Cristo  
que van a Crucificar

Si tu cara refleja sufrimiento  
si tus manos son caricias talladas  
si tus lágrimas son gotas de cristal  
si tus devotos te aclaman soberana

Si tienes a La Línea enamorada  
si eres música celestial regalada  
si resides en Santiago Apóstol  
entre cirios, rosarios y plegarias.

El cortejo fluye sereno



sin levantar la mirada  
y una lágrima brota  
acariciando la cara.

¡Titulares queridos...!  
¡Ayudadme a concluir la plegaria!  
que digo de corazón  
con angustia en el alma.

La Línea es una ciudad de aluvión que se ha venido formando por gentes venidas de muchas partes. Por no tener, en muchos casos carecían de un lugar donde guarecerse, y se veían obligados a levantar una barraca donde buenamente podían o los dejaban. Somos un pueblo de inmigrantes y emigrantes. No podemos olvidarlo y debemos ser conscientes de ello para actuar en consecuencia. Recordemos que a principios del siglo pasado muchos de nuestros abuelos o bisabuelos llegaron a La Línea para trabajar en Gibraltar. Luego, en los años setenta miles de familias se vieron obligadas a abandonar la ciudad en busca de un puesto de trabajo en distintos lugares de España o del extranjero, a raíz del cierre de la Frontera. Los linenses debemos de entender mejor que nadie el fenómeno social que supone la emigración, porque lo hemos padecido en nuestras carnes, en el seno de nuestras propias familias. Lamentablemente muchos rechazan a los emigrantes, pero nosotros debemos apoyarlos.

La Hermandad del Medinaceli nace en el seno de una sociedad empobrecida y los titulares siempre han sido objeto de un gran fervor popular. Los devotos se encomiendan a las veneradas imágenes con promesas que cumplen acudiendo bien al Besapie y Besamanos, o acompañando al Cristo durante la estación de penitencia en la tarde noche del Miércoles Santo. Las peticiones quedan en el corazón de los penitentes.

El Cautivo siempre tuvo la consideración de Cristo Milagrero, ¿por algo será?

¡Cuanta devoción por el Cristo!

Señor del Medinaceli  
con miles de penitencia  
cada año y el siguiente

Cofradía de devotos  
Hermandad señera de La Línea  
siempre al lado de los pobres  
para socorrer sus carencias

De labor caritativa  
de actitud dadivosa  
de sentimientos cofrades  
de ocupación provechosa

de hermanos piadosos  
de nazarenos sufridos  
de penitentes sentidos  
de hombres desprendidos

Imágenes de bella estampa  
Cristo y Virgen queridos  
socorred a mi pueblo  
con penurias desde inicios

La saeta es una palabra que deriva del vocablo latino segitta. Los andaluces hemos sabido convertirla en una plegaria, que brota de la manera más espontánea de lo más hondo de nuestros corazones. Es un canto popular, un quejío profundo y sentido que irrumpe en el silencio de la noche envuelto de fervor popular. Cada Miércoles Santo, las saetas también se cantan al paso del Cristo de Medinaceli y María Santísima de la Trinidad por las calles de La Línea. Volviendo a los orígenes de la Hermandad, recuerdo a una saetera llamada Carmela, una mujer muy dicharachera, una devota que trabajaba en Gibraltar y vivía en el barrio de los portugueses, muy afín a la Cofradía. Solía participar en las tertulias de la junta de gobierno, y que cada año acudía puntual a la cita obligada en la puerta de la Telefónica, situada en la calle Real, cerca de la Plaza de la Iglesia para cantar una saeta al Cristo de Medinaceli. Congregaba mucho público porque cantaba muy bien. Merecía la pena escucharla.

Saeta que quiebra la noche  
desgarro de voz fervorosa  
lamento de gentes sencillas  
mantillas negras sentidas

Oscuridad entre sombras  
teñidas de luna llena  
luminarias de las velas  
replandores de las ceras

Oración convertida en canto  
del saetero con actitud  
plegaria de gente noble  
que llega a la multitud.

Cantar del pueblo andaluz  
cantar de la tierra mía  
como escribió Machado  
así canta Andalucía

Hemos querido acompañar al pregón con una saeta, que nos va a ofrecer una gran artista linense, una excelente saetera: Yolanda Figueroa, que además de cantar copla y canción ligera, interpreta este singular palo flamenco como ella sabe hacerlo. Cuando quieras Yolanda. (Canto de una saeta).

Señor del Medinaceli  
corazón de Padre bueno  
rostro que refleja pena  
Cristo de amor eterno

Virgen de la Trinidad amada  
de alma desconsolada  
Madre de triste mirada  
pena que inunda el alma

¡Titulares queridos!  
¡Mostradme el camino!  
¡Amparad mi espíritu solitario!  
¡Hacedme devoto peregrino!

Perdonad mi vida oscura  
con cada azote recibido  
con cada lágrima vertida

con cada golpe sufrido  
Rostros de amor desolados  
encended vuestro mensaje  
calmad los padecimientos  
ayudadnos a ser mejores

Las Hermandad de Medinaceli fue pionera en la organización de actividades benéficas en nuestra ciudad, desde sus orígenes. Recordemos que mantuvo un comedor social durante años y entregó bolsas de comida a las familias necesitadas de La Línea, que eran muchas en las barriadas de El Conchal y el Castillo España, entre otras. Para recaudar fondos se organizaban festivales taurinos en la Plaza de Toros y espectáculos folklóricos en distintos teatros de la ciudad, sobre todo en el Trino Cruz. Recuerdo que las reuniones previas también tenían lugar en mi casa, y acudían los participantes para ofrecerse altruistamente. La dirección musical corría a cargo del Maestro Soro y actuaban jóvenes artistas de la localidad. Incluso se llegó a poner en escena una Zarzuela. Había mucha necesidad en La Línea y la práctica totalidad de lo que se recaudaba era para socorrer a los pobres.

El comedor de caridad venía desarrollando una importante labor social socorriendo gente necesitada, pero tuvo que cesar la actividad a raíz del cierre de la frontera en 1969 por falta de recursos económicos para mantenerlo. Conviene recordar que, de más de mil hermanos que había censados se pasó a poco más de un centenar. El taller de bordado, corte y confección también se vio obligado a dejar de ser un centro formativo para convertirse en un lugar donde se hacían las túnicas y se bordaban los escudos de la Hermandad, y poco más.

Tras el nombramiento de Norberto Hurtado Marín como Hermano Mayor se organiza La Bolsa de Caridad, que está recogida en el Reglamento de

Régimen Interno de la Hermandad desde el año 2004. Tiene presidencia propia, que ocupa la vocal de caridad, además de contar con autonomía, que le ha permitido continuar desarrollando una eficiente labor social. A lo largo de los últimos diez años ha repartido entre los necesitados más de 45.000 euros, que se dice pronto. También hay que destacar los alimentos expresamente adquiridos por la Cofradía, que han sido enviados a Mozambique, tales como arroz, lentejas, macarrones, tomate frito y leche en polvo, entre otros artículos no perecederos, además de medicamentos y material geriátrico, como ocho andadores para ancianos impedidos, que fueron mandados a la Misión de las Hijas de la Caridad en Nacala.

Igualmente se ha efectuado un importante donativo a la familia de una niña de meses, para que pueda desplazarse a Barcelona y hacer frente a los gastos que conlleva la atención médica.

Asimismo, actualmente están recibiendo ayudas de la Bolsa de Caridad del Medinaceli: la Asociación de Enfermos de Alzheimer, la Asociación de Esclerosis Múltiple, la Fundación Vicente Ferrer, Caritas Cañete-Ayuda Perú, la Congregación de las Hijas de la Caridad, el Hogar Betania, los Hermanos de la Cruz Blanca y Cáritas Arciprestal Caló y Café, a la se le ha hecho entrega de 48 pares de zapatos para las personas que no tienen un techo donde cobijarse, todo ello por importe de cuatro mil euros.

Unas de las personas que más se distinguió por ayudar a los necesitados de nuestro municipio fue Don Justo Martínez Lázaro de Serdio, conocido popularmente como el Padre Justo, que además de sacerdote era médico. Llegó a La Línea en 1945 y enseguida se integró en la ciudad como un linense más, destacando por su labor sacerdotal y humanitaria. Constituye un ejemplo en la trayectoria solidaria que ha venido desarrollando la Cofradía. Fue un hombre que pasó por esta vida haciendo el bien, entregado al servicio de los demás. De ello pueden dar testimonio las parroquias del Sagrado Corazón de La Colonia, Santiago Apóstol, Nuestra

Señora del Carmen, la Capilla del Hospital Municipal y la Esperanza, hoy San Bernardo. Había tanta miseria en La Línea que no tuvo el menor reparo en dirigir una carta al mismísimo General Franco, denunciando la situación tan lamentable en la que se encontraba nuestro pueblo, y como no le contestara tuvo el arrojo de reiterar el escrito incidiendo en las carencias que había en el municipio, y en la proliferación de barracas en los llanos de arena. La respuesta del dictador a la segunda misiva fue fulminante: la deportación inminente a Marruecos, creo recordar que a Tánger.

La relación entre el Padre Justo y Juan Macías López no se reducía a la de un sacerdote y un feligrés, sino que además de buenos amigos eran monárquicos, inclinación política que llevaron de forma reservada. Corroboraba la estrecha amistad que mantenían el hecho de que cuando el Padre Justo se atrevía a venir a La Línea de incógnito desde el destierro, en un pesquero de la Atunara que cruzaban el Estrecho para desembarcar en la playa de Levante, se quedaba a dormir en mi casa, en mi cama. Solía llegar de noche, sin avisar, o al menos sin que yo lo supiera, supongo que para evitar que lo descubrieran y pudiera ser detenido. Cuando el cura llegaba a mi casa, mi madre me acostaba en la cama de mi hermano José Antonio, que era más pequeña y metálica. La compartíamos para que el sacerdote pudiera descansar en la mía, de madera, algo más grande y más cómoda. El Padre Justo vino varias veces a La Línea durante el destierro, no recuerdo cuantas, siempre de incógnito. Recibía visitas de amigos y parroquianos que acudían a pedirle ayuda, siempre con el mayor sigilo. De haber sido descubierto hubiera costado un disgusto, sobre todo al sacerdote por la osadía de venir a La Línea, y a mi padre por acogerlo en su domicilio.

El Padre Justo fue un cura de barrio, un ejemplo para todos, que se atrevió a rebelarse ante tanta injusticia social como soportaba nuestro pueblo, en unos tiempos en los que no se podía levantar la voz, y menos aún mostrar el más mínimo desacuerdo con la Dictadura. Además de

valiente, fue una persona íntegra, un hombre cabal, un cristiano de los de verdad, de los pies a cabeza, de los que amó al prójimo como a sí mismo y siempre predicó con el ejemplo. Desarrolló una intensa labor social durante los años que estuvo ejerciendo el sacerdocio en nuestro pueblo, y desde el exilio siguió luchando por un mundo mejor, para que la ciudad tuviera atendida las necesidades sociales más perentorias. No tuvo temor en exponer la vida cada vez que venía a su pueblo de incógnito. Murió sin bienes de ninguna clase, y quiso que sus restos mortales estuvieran en La Línea de la Concepción, porque se consideraba un linense más. Descansa en paz en el Patio Norte del Sacramental de San José.

Vivimos en un mundo de injusticias sociales  
porque no sólo se mata con balas y bombas  
también se agrede con la indiferencia  
y el abandono de los que mandan

Es triste que haya tanta hambre en el mundo  
debido a la avaricia humana  
mientras unos nadan en la opulencia  
otros sobreviven sin nada

Se margina a los pueblos  
con ardiles y especulaciones  
con apofobia a los necesitados  
con maltrato a los pobres

con manejos infames  
con actitudes humillantes  
con manipulaciones odiosas



con comportamientos innobles  
con leyes absurdas e injustas  
con el desprecio y la desatención  
con el olvido y la ignorancia  
con la desidia y la marginación

con la indolencia de los que mandan  
con la complacencia de los que lo permiten  
con el egoísmo de los que tienen  
con el acaparamiento de los pudientes

Por todo ello, quiero concluir reivindicando  
las demandas sociales que formuló el Padre Justo  
porque La Línea no puede seguir más tiempo  
soportando la indolencia, la desidia y el olvido  
de poderes ignominiosos.

He dicho.

Juan Domingo Macías Simavilla  
La Línea de la Concepción, 4 de marzo de 2017